

milton Seymour lo comunicaba también a Londres, y en sus despachos al barón Brunnow se encontraba el tono altivo de sus conferencias. «Se habla de nuestras ambiciones, escribía con una altivez que parecía un reto; si quisiéramos intervenir, ¿qué necesidad tendríamos de ningún tratado (1)?»

Asombraba ver aquel personaje, tan justamente reputado por su moderación, tan dueño de sí mismo en sus palabras como con la pluma en la mano, faltar de pronto a las costumbres de su carácter y de su espíritu, constituirse en defensor de una política belicosa después de haber predicado tantas veces la paz, y quebrantar de este modo, al fin de su carrera, toda la unidad de su vida. ¿Era su propio pensamiento lo que el canciller traducía en aquellas conversaciones casi amargas, en aquellos despachos casi amenazadores? ¿No se habían desarrollado paralelamente dos políticas en San Petersburgo: una en el ministerio de Negocios extranjeros y otra en el gabinete del emperador? La política personal del zar que dictó las instrucciones de Menschikof, que quiso y premeditó todo un conjunto de medidas temerarias, Nesselrode la había ignorado al parecer, ó, conociéndola imperfectamente, había procurado conjurar sus consecuencias: de ahí sus seguridades pacíficas, de ahí sus pronósticos de tan persistente optimismo. Había llegado la hora en que la voluntad del amo destruía todos los cálculos de la prudencia, rompiendo los diques que la sensatez de un ministro de experiencia había levantado. Es la hora en que, bajo los gobiernos libres, los consejeros de la corona, dejando de ser escuchados, se retiran. No sucede así en las monarquías absolutas; y Nesselrode, aquel ministro pacífico, iba a verse reducido a reunir las ideas belicosas de su amo, revestirlas de una forma semidiplomática, y apropiarse designios que todo su pasado reprobaba; todo con la única esperanza—muy vana, por desdicha—de temperar los extravíos a los cuales parecería asociarse, y siguiendo a su príncipe hasta el borde del abismo, retenerle quizá antes de que se precipitase en él.

Empeñado en tan funesta vía, el zar no se detuvo. A los ministros de Prusia y de Austria, que predicaban la conciliación, el canciller replicó en tono acerbo: «Que firmen desde luego el tratado (2).» En San Petersburgo aún no habían renunciado, en efecto, al famoso *Sened*, origen de tanta emoción. Menschikof se retiraba, pero lentamente, y se había detenido en Odesa. El 31 de mayo, Nesselrode se dirigió a Reschid-bajá, invitándole por última vez a firmar la Nota que el plenipotenciario ruso le había entregado al salir de Constantinopla. Aquel nuevo despacho (¿hemos de llamarlo despacho ó intimidación?) estaba concebido en la extraña forma que había venido a ser familiar a la diplomacia rusa. Se concedía a Reschid un plazo de ocho días para devolver la Nota firmada a Menschikof, que la recibiría en Odesa. Se advertían al gobierno otomano las consecuencias de su negativa. Si el zar no obtenía satisfacción, las tropas rusas pasarían las fronteras del Imperio turco, no para hacer la guerra al sultán, sino para apoderarse de una garantía material y obligar a la Puerta a que cediese.

(1) M. de Nesselrode al barón Brunnow, en Londres, 1.º de junio (*Correspondence respecting, etc.*, págs. 238-241).

(2) Despacho de lord Bloomfield a lord Clarendon, 24 junio 1853 (*Correspondence respecting, etc.*, parte I, pág. 299).

Mientras tanto, las voces de reprobación eran tales en Europa que su eco llegaba hasta el palacio de Nicolás. El gobierno moscovita resumió entonces en un documento oficial, para entregarlas al juicio de la opinión pública, todas las fases del conflicto. Tal fué el origen de un nuevo despacho-circular de Nesselrode, publicado el 11 de junio en el *Diario de San Petersburgo*. Este despacho había de justificar al zar, y no hizo más que dar a conocer sus ambiciones. Todo el mundo se extrañó de las exigencias rusas, y principalmente del tono dominador que pretendía imponerlas. Los actos más extraños de Menschikof eran objeto de una completa aprobación. El rey Federico Guillermo, lord Aberdeen, Metternich, todos los amigos fieles de Rusia, todos los que se empeñaban en creer en una mala inteligencia y esperaban alguna desaprobación quedaron consternados. Lo más alarmante era que el gobierno moscovita, en su infatuación, creía haber llegado al último límite de las concesiones. Había que aniquilar aquel ambicioso programa. Drouyn de l'Huys se encargó de ello, sirviéndose de la pluma de su director político, Sr. Thouvenel, a quien confió la redacción de dos circulares de 25 de junio y 15 de julio (3), las cuales, por su claridad leal, por su forma y por su cortés dignidad, recordaban las épocas más bellas de nuestra diplomacia. Francia estaba más autorizada que ninguna otra potencia para protestar: no tenía, como Turquía, la desgracia de ser débil, ni tenía, como Inglaterra, la tristeza de haberse dejado engañar, de modo que nada infirmaba entonces la autoridad de su palabra. Esta palabra Europa la escuchó con simpatía, y añadiremos que la escuchó con sorpresa, pues no podía menos de causar asombro el ver a Nicolás, el tradicional campeón de la Santa Alianza, convertido en perturbador de la paz general, y el ver, por el contrario, al sobrino de Napoleón transformado en protector del equilibrio europeo.

La arrogancia rusa indispuso a Europa sin intimidar a Turquía. Por abatidos que estuvieran, los turcos supieron guardarse, en las peligrosas coyunturas, de toda temeridad y de toda debilidad. Cada correo llevaba a Constantinopla alguna noticia alarmante. En Sebastopol y en Odesa redoblaban los preparativos militares: los comerciantes rusos, diseminados por los Estados del sultán, habían recibido el aviso de no emprender nuevos negocios y terminar cuanto antes los que tenían pendientes, y se hablaba de compras de madera para la construcción de puentes sobre el Pruth y el Danubio. A pesar de aquellas señales de un próximo peligro, el gobierno otomano no se desviaba de la línea de moderación que se había trazado. Sin duda, a imitación de su poderoso vecino, se armaba en cuanto lo permitía el desorden del Imperio. Pero se aplicaba más a afirmar sus miras pacíficas que a preparar la guerra. En tal espíritu se enviaban circulares a los pachás prescribiéndoles que guardasen consideraciones a los cónsules rusos, que fuesen benévolos con los residentes de esta nación y que procurasen evitar principalmente toda explosión del fanatismo musulmán. Una vez dadas a Europa estas pruebas de sensatez, los ministros turcos se animaban a rechazar toda concesión incompatible con los derechos soberanos de su amo. En tal actitud encon-

(3) *Monitor* de 1854, pág. 158.

traban el apoyo moral de todo el cuerpo diplomático, y sobre todo de Stratford, quien más que nunca estimulaba su actividad, enseñándoles el camino que debían seguir y los peligros que debían evitar. Rusia no ignoraba qué influencia dirigía a la Puerta y no cesaba de denunciarla. Entre los moscovitas era una verdadera consigna el atacar a Stratford, real inspirador, decían

Al recibirse la contestación definitiva de la Puerta, Nesselrode anunció a los miembros del cuerpo diplomático la entrada inminente de las tropas rusas en los Principados.

El 29 de junio, el zar, en un manifiesto en que se presentaba como *defensor de la fe ortodoxa*, notificó su resolución a su pueblo. Este manifiesto, a la vez misti-



Francisco José I, emperador de Austria

ellos, de la resistencia turca. Inglaterra negaba modestamente aquel poderío atribuido a su embajador; pero, no por negarlo, dejaba de estar satisfecha y orgullosa de tener a orillas del Bósforo un agente que tan alto había puesto el prestigio británico.

En esto llegó a Constantinopla el correo que era portador del supremo *ultimatum* de Nesselrode. La liberación no fué larga. La Puerta no podía desmentirse a tres meses de intervalo. La nota rusa, que no era más que un tratado disfrazado, fué rechazada de nuevo; y de nuevo también prometió el sultán confirmar todos los privilegios de sus súbditos griegos. La contestación partió el 17 de junio. El día antes, las flotas combinadas de Francia e Inglaterra habían pasado a la vista de Tenedos y anclado en la bahía de Besika.

Fuesen cuales fueren las ilusiones en San Petersburgo, no se podía esperar mucho de esta última negocia-

co y bélico, fué leído en todas las iglesias. Mientras tanto, el ejército de Besarabia recibía orden de entrar en campaña. El 3 de julio, los frentes de las columnas rusas pasaron el Pruth. No era aún la guerra, pues ambas partes afirmaban enérgicamente que no la querían ni la deseaban; no era aún la guerra, la guerra declarada, la guerra con el cortejo de sus ruinas y de sus inmolaciones, pero ya no era la paz.

VI

En este momento entra en escena una nueva potencia: el Austria.

En medio del conflicto que aumentaba, ésta había permanecido hasta entonces como simple espectadora, aunque espectadora interesada y atenta hasta la ansiedad. A no consultar más que recuerdos ó preferencias,

parecía natural que el emperador Francisco José se inclinase hacia su poderoso vecino. En los días difíciles de su juventud había sido generosamente auxiliado por el zar y no podía haberlo olvidado. La alianza rusa parecía una salvaguardia contra los peligros revolucionarios. El prestigio de Nicolás, aunque ligeramente mermado, no se había desvanecido. En Viena se desconfiaba un poco de Francia, tanto tiempo enemiga. En cuanto á Inglaterra, se la consideraba sin duda como una antigua aliada, pero el favor de la nación británica por Kossuth y los recientes desaires hechos al general Haynau por el populacho de Londres habían ocasionado entre ambas cortes un enfriamiento pasajero. Los diplomáticos rusos, muy activos en Viena, no dejaban de explotar aquellos resentimientos ó aquellas repugnancias y encontraban á veces oídos complacientes.

Muy distinta era la opinión de los que consideraban, no las simpatías personales ó los disentimientos momentáneos, sino los intereses generales y permanentes de la monarquía austriaca. Como potencia danubiana que era, el Austria no podía sufrir que el zar dominase en las bocas del Danubio. Todo progreso de Rusia hacia Constantinopla sería para ella una amenaza. El día en que Rusia, que ya era su vecina al Oriente, lo fuese también al Sur, la encerraría á su antojo, atraería por la comunidad de creencias ó de razas sus súbditos griegos ó eslavos, desprendería de ella una á una sus provincias más bien yuxtapuestas que fundidas, y desquiciaría fácilmente la estructura un poco artificial del vasto imperio de los Habsburgo. Así pensaban, sin hacer gran caso de la gratitud ó de los afectos, la mayor parte de los hombres de Estado austriacos. Consideraban que su país, desde el momento que no aspiraba á ninguna conquista en Oriente, no debía permitir los engrandecimientos de los demás. Estimaban que la mejor de las políticas era el mantenimiento de los tratados, y, entre todos los tratados, no conocían ninguno tan prudente como el que había puesto bajo la garantía de las cinco grandes potencias europeas la integridad del imperio otomano. «No se da en Oriente ningún fruto que nuestro imperio deba coger,» escribía á raíz del conflicto el príncipe de Metternich; y definía, en términos de una ingeniosidad un poco sutil, la conducta futura del gabinete de Viena: «Nuestra actitud, decía, deberá ser, no la neutralidad, sino una posición expectante libremente elegida (1).»

A principios de julio de 1853, esta *posición expectante libremente elegida* se traducía por una palabra que estaba en todos los labios, la de *mediación*. Francisco José se acercaba á París y á Londres por sus intereses y á San Petersburgo por la gratitud ó los recuerdos: excelente condición para que su voz fuese escuchada. Era nuevo en el ejercicio del poder, y su juventud no inspiraba recelos ni enemistad. Situada en el centro de Europa, Viena era un punto intermedio entre Rusia y el Occidente. Hasta ciertos lazos de parentesco parecían facilitar la obra de pacificación: el embajador del zar en Viena, barón de Meyendorf, era cuñado del señor de Buol, jefe del gabinete austriaco, y se esperaba que

(1) M. de Metternich, *Memoires et papiers*, tomo VIII, páginas 348 y 363.

la cordialidad de las conversaciones íntimas ayudaría á los esfuerzos de la diplomacia y los completaría.

Todo estaba, pues, dispuesto, si no para una mediación oficial, puesto que aún no había guerra empeñada, al menos para negociaciones que tuviesen á Viena por centro. A fines de junio, los representantes de las grandes potencias tomaron la costumbre de reunirse bajo la presidencia y en casa del Sr. de Buol, que resumía sus deliberaciones. Aquello fué el origen de la famosa *Conferencia de Viena*, que tanto tiempo duró, que hizo, en suma, muy poco y derramó tanta tinta en las márgenes del Danubio como sangre había de verterse más tarde en la meseta de Quersoneso.

¿Cuál iba á ser el punto de partida de aquellos ensayos de conciliación? Las cancillerías imaginaban muchos planes. Los austriacos proponían tomar por base la nota del príncipe Menschikof y enmendarla de algún modo á fin de hacerla aceptable para el sultán. Otros, como Bourqueney, embajador de Francia en Viena, hubieran querido que la Puerta aceptase sin variantes la nota Menschikof, pero que, en cambio, el zar reconociese, por medio de una declaración solemne y en términos nada equívocos, la plena independencia del Imperio otomano: este proyecto gustaba mucho á los rusos. En Londres, lord Clarendon optaba por un breve convenio mediante el cual la Puerta renovase todas las estipulaciones de los antiguos tratados. En San Petersburgo, sir Hamilton Seymour tenía también su plan, que consistía en la publicación de un *hatti-sherif* que confirmase todos los privilegios de los cristianos y fuese notificado simultáneamente al zar y á los representantes de las grandes potencias. Pronto los proyectos fueron innumerables.

En medio de todas aquellas proposiciones había surgido una combinación que se remontaba á un origen más augusto y que prevaleció por esto.

Desde que se le había escapado Inglaterra, el zar volvía los ojos hacia Francia. Nuestro embajador, señor de Castelbajac, era objeto de grandes atenciones de parte del emperador desde que habían sido declinadas las extrañas insinuaciones hechas por éste á sir Hamilton Seymour. A propósito de los asuntos de Oriente, Nicolás manifestó ciertos deseos de terminar la querrela con tal de que su dignidad quedase en salvo y de que la ventaja aparente le fuese atribuida. Habiendo Castelbajac comunicado estas buenas noticias á su soberano, Napoleón III redactó, en forma de *nota*, un proyecto de arreglo que parecía conciliar los deseos de Rusia y los derechos soberanos de la Puerta. Esta nota, transmitida á Viena, fué adoptada el 22 de julio por los representantes de las potencias y enviada simultáneamente á San Petersburgo y á Constantinopla. El proyecto era de origen francés, pero Austria se lo había apropiado, como hizo observar lord John Russell en la Cámara de los comunes (2).

El 3 de agosto, Rusia contestó con una adhesión pura y simple. Todo el mundo se alegró como si estuviese asegurado el éxito. El *Monitor* se apresuró á publicar la noticia (3). En la Cámara de los pares, lord Clarendon, contestando á lord Malmesbury, anunció la

(2) Sesión del 2 de agosto de 1853 (*Parliamentary debates*, *Third series*, tomo CXXIX, págs. 1163-1165).

(3) *Monitor*, 7 agosto 1853.

solución de la crisis (3). En Viena, el conde Buol triunfaba, se atribuía todo el honor del éxito y hasta se burlaba algo de las alarmas de Francia é Inglaterra. Nadie dudaba que la Puerta aprovecharía con entusiasmo la ocasión de salir de apuros. Esta confianza se vió fallida.

Los débiles están á veces sujetos á singulares arrebatos, sobre todo cuando, después de haber sido fuertes, recobran en exceso la altivez de su antiguo poderío. Esta disposición peligrosa empezaba á dominar entre los turcos cuando llegó á Constantinopla (12 de agosto) la nota ya aceptada por Rusia. Stratford, guía habitual de la Puerta, aconsejó una pronta adhesión, y Reschid-bajá le escuchó con esa cortesía impasible tan común en los orientales. Contentóse con replicar que el proyecto suscitaría objeciones, y prometió convocar cuanto antes el Consejo. En los días siguientes reinó grande agitación, pero una agitación que revelaba más fanatismo que temores. Los ministros y los grandes del Imperio reunidos resolvieron desde luego rechazar la nota, aun con enmiendas. Fueron necesarios todos los esfuerzos de Reschid para que consintiesen en comparar y examinar los dos textos. Stratford, que tenía sus agentes hasta en el seno del Diván, era enterado hora por hora del giro de los debates y se disponía á intervenir en caso de resoluciones extremas. Después de largas deliberaciones, se acordó que la nota, la *Nota de Viena*, como la llamaban, no sería aceptada sino con enmiendas. Las modificaciones reclamadas eran tres y tenían todas el mismo objeto: tendían á precisar mejor que los privilegios de los cristianos griegos derivaban de un don voluntario, de una concesión espontánea y no de un convenio bilateral con un Estado extranjero. Mientras tanto, en Constantinopla los espíritus se animaban cada vez más. Antes de que terminara agosto, se supo en Viena la inesperada resistencia del sultán.

Hubo entonces en todas las cancillerías un verdadero desencadenamiento contra la obstinación de la Puerta. La altivez de Rusia había causado vivas inquietudes: la arrogancia de los turcos inspiraba una compasión desdeñosa. El zar reconquistó las simpatías.

Turquía parecía abandonada; y como lo imprevisible dominaba cada vez más, fué Rusia la que la salvó. El zar negóse á las pretensiones turcas: su adhesión había sido pura y simple, y quería que el sultán hiciese lo mismo. Este lenguaje, por lo esperado, no sorprendió á nadie. Lo que provocó la sorpresa fué el comentario que acompañó á esta contestación. Con el título de *Análisis de las tres modificaciones reclamadas por Turquía*, el canciller ruso publicó una nueva exposición de las miras de su gobierno. Resultó que Nicolás, al firmar la *Nota de Viena*, no había abdicado ninguna de sus ambiciones pasadas. Rusia rechazaba las enmiendas de Turquía, no porque fuesen insignificantes, como equivocadamente se creía en Europa, sino porque privaban al gobierno moscovita de un derecho de intervención, afirmado siempre y nunca abandonado. Este derecho de intervención en beneficio de los súbditos cristianos de la Puerta era nuevamente proclamado, con una claridad que no dejaba lugar á ninguna duda y con una altivez que desafiaba toda nueva negociación.

(1) Sesión del 12 de agosto de 1853 (*Parliamentary debates*, *Third series*, tomo CXXIX, pág. 1635).

Entre los diplomáticos reunidos en Viena la confusión fué grande y el despecho más grande que la confusión. Es decir, que aquella nota, retocada con tanto cuidado, no era en concepto del zar más que una copia apenas modificada del ultimátum Menschikof; es decir, que el trabajo de la conferencia no llegaba á la publicidad sino acompañado de una interpretación que desnaturalizaba su espíritu; es decir, que aquellos miserables protectores, de modo que su terquedad era firmeza y su desconfianza era sensatez. El favor público, conquistado un instante por San Petersburgo, inclinóse de nuevo hacia Constantinopla. La diplomacia estaba cansada de tantos esfuerzos inútiles. La conferencia de Viena había concluído.

Los emperadores de Austria y Rusia habían de reunirse en Olmutz con motivo de las maniobras militares de otoño. Los conciliadores más tenaces esperaban aún que de la entrevista de ambos monarcas resultaría una solución favorable. Los soberanos llegaron el 25 de septiembre. Nesselrode acompañaba al zar y Buol á Francisco José. Notóse la afabilidad de Nicolás con el general Goyón, jefe de la misión militar francesa, y su frialdad con lord Westmoreland, ministro de Inglaterra en Viena. En el intervalo de las revistas, de los banquetes y de las ceremonias oficiales, los diplomáticos debatieron el grave conflicto. Nicolás mostróse más pacífico de lo que hubiera podido esperarse. Los negociadores imaginaron una nueva combinación que no era ni peor ni mejor que las anteriores: ésta consistía en que Turquía firmase sin variantes la *Nota de Viena* y Rusia publicase, en cambio, una declaración solemne que tranquilizara completamente al sultán sobre sus derechos soberanos; después de lo cual, un embajador otomano partiría para San Petersburgo y sellaría la reconciliación. A Buol le satisfizo el plan. Avisado por telégrafo, Napoleón mostróse satisfecho y casi confiado, según se dijo. En Londres reinó mayor reserva. El 28 de septiembre los monarcas se separaron. ¿Qué iba á ser del nuevo proyecto? No hubo necesidad de debatir sus detalles. Los vientos belicosos que soplaban en Constantinopla echaron por tierra, antes de concluído, aquel nuevo y frágil edificio de la habilidad diplomática.

La perpetua aprensión del peligro es á la larga más cruel que el peligro mismo. Esta era la impresión de los otomanos. Cansados de tantas negociaciones infructuosas, secretamente resentidos de los desdenes de sus protectores occidentales, sentían despertar cada vez más los ardores mal adormecidos de su vieja raza guerrera. Los musulmanes, fieles á su fe religiosa, se alegraban de desplegar el estandarte de la media luna. Los turcos, más inteligentes, se habían acostumbrado á la idea de una próxima lucha; sabían que sus recursos pecuniarios no les permitían soportar por más tiempo preparativos ruinosos: consideraban que una victoria militar, por cara que costase, levantaría más que todas las negociaciones diplomáticas la autoridad moral de su país. Enmendando la *Nota de Viena*, el Diván había marcado esta nueva política que tanto contrastaba con su pasada longanimidad. Todo contribuía á fortalecer estas disposiciones. Los rusos no sólo habían invadido las provincias danubianas, sino que habían prohibido

á los hospodares todo pago de tributo á la Puerta, toda comunicación con el sultán, y la injuria de tal proceder había causado un vivo resentimiento. Ardientes predicaciones religiosas habían despertado el antiguo espíritu de fanatismo. A principios de septiembre, numerosos carteles fijados en las mezquitas llamaron á las armas á todos los verdaderos musulmanes. Dos días después, los ulemas depositaron en manos de los ministros una petición reclamando que se publicase la guerra santa. Como la agitación crecía, temióse un levantamiento del viejo partido turco; hasta llegóse á temer el degüello de los cristianos y la deposición del sultán. Aunque evidentemente exagerados, estos rumores revelaban bastante las nuevas corrientes del espíritu público. El 25 de septiembre, Stratford, siempre alerta, envió á su corte un despacho lleno de alarma: «Mañana va á celebrarse un consejo que decidirá la paz ó la guerra,» escribió el embajador británico. Los representantes de las potencias, trastornados por tanta audacia, multiplicaban sus esfuerzos para encauzar una corriente que ya nada contenía. El 26, por la mañana muy temprano, el embajador de Inglaterra se avistó con Reschid y le expuso el peligro de las resoluciones extremas, la desproporción de las fuerzas, lo incierto de un auxilio europeo y los plazos necesarios para que este auxilio llegase. Reschid no negó ninguno de estos peligros. «La decisión está virtualmente tomada,» se limitó á contestar. Stratford, convertido en abogado de la paz después de haber predicado tantas veces la resistencia, no se desanimó. Agotó todos los recursos para convencer al ministro turco y no se separó de él hasta que empezó el consejo. El resultado fué tal como se había previsto. La guerra fué decidida por unanimidad.

Ocho días después, Omer-bajá, general en jefe de las tropas turcas, intimaba al príncipe Gortchakof que evacuara los Principados en el término de quince días con la advertencia de que su negativa tendría por consecuencia la ruptura inmediata de las hostilidades. ¡Cosa singular! Era Turquía, la débil Turquía, la que, contra todos los consejos y por un acto de su voluntad temeraria, precipitaba la crisis: era ella, la potencia desdeñada, la que iba á arrastrar en su seguimiento á los dos grandes Estados de Occidente, lo cual no es una de las menores extrañezas de las largas y oscuras negociaciones que venimos refiriendo.

VII

La tormenta había estallado al fin á orillas del Danubio. Pero aun entonces apareció la repugnancia de Europa á sacrificar al azar de las batallas la venturosa paz de que gozaba hacía cuarenta años. Entre Rusia y la Puerta la ruptura se había consumado: además Francia é Inglaterra acababan de hacer avanzar sus flotas desde Besika hasta las riberas del Bósforo; y, sin salir aún de la neutralidad, habían marcado su puesto en las hostilidades futuras. Dado este gran paso, se esforzaron en no ir más lejos y hasta en retroceder algo si era posible. Los beligerantes procuraron á porfía atenuar sus designios. La Puerta, casi intimidada de su osadía, notificó en términos moderados sus recientes resoluciones á las potencias amigas. Los turcos se contentaban con defender su territorio. Toda su ambición

estaba en que su poderoso adversario no los aplastara y en poder despertar el recuerdo de su antiguo valor. Por su parte, los rusos parecían experimentar cierta repugnancia en tomar una vigorosa iniciativa.

Ambos ejércitos permanecieron algún tiempo en presencia, uno de otro: los rusos concentrados en Giurgew y los turcos en la orilla opuesta del río. A fines de otoño, hubo algunos encuentros bastante sangrientos en las fronteras danubianas y en Asia, pero con fortunas diversas y sin que ninguno de ellos pudiera cambiar la faz de las cosas. Todo ayudaba á la contemporización. El invierno se aproximaba, y es tan riguroso en el valle del bajo Danubio como caluroso es el verano. Aquel río inmenso que separaba los dos ejércitos facilitaba la defensiva, dificultando las operaciones. Había que contar, en fin, con la inercia de los turcos. El sultán anunció por medio de un *hatti-sherif* de 31 de octubre su marcha para el ejército, no en seguida, ni dentro de unas cuantas semanas, sino en la primavera próxima, y ordenaba que sin tardanza le preparasen su escolta. El único que participaba de la actividad del Occidente era Omer-bajá, de origen croata y general en jefe del ejército otomano; pero, aparte de las pasajeras manifestaciones del fanatismo, todo dormitaba en torno de él.

Aquellas felices lentitudes permitían á la diplomacia reaparecer en escena, y no dejaba de hacerlo.

La conferencia de Viena, que todo el mundo creía disuelta, se reconstituyó. El 30 de octubre, los embajadores de Francia, Inglaterra y Prusia se reunieron en casa del Sr. de Buol. En Inglaterra se había lanzado la idea de una nueva Nota. Este medio le pareció insuficiente al ministro austriaco. Rotas las hostilidades, una simple nota no podía detener los movimientos de los dos ejércitos y restablecer la paz comprometida. «La reconciliación sólo puede conseguirse por medio de un tratado, añadía Buol; la mediación no puede tener más que un fin, el de promover y facilitar ese tratado.» Por consiguiente, el ministro austriaco proponía que se enviase á la Puerta una comunicación aconsejándole que diese á conocer sus condiciones. Al mismo tiempo se pediría un armisticio al gobierno de San Petersburgo. Francia é Inglaterra se adhirieron á este proyecto. Después de un cambio de impresiones entre París y Londres, los miembros de la conferencia de Viena firmaron en 5 de diciembre un protocolo que era su primer acto oficial, y por medio del cual se presentaban como mediadores entre los beligerantes. El mismo día, por medio de una declaración colectiva, invitaron en términos apremiantes al gobierno turco á que tratase lo más pronto posible. Esta invitación fué transmitida á Stratford, que era el embajador más antiguo en Constantinopla. Drouyn de l'Huys había recomendado ya al general Baraguey d'Hilliers, sucesor del Sr. de Lacour, que apoyase con todas sus fuerzas la nueva combinación, y le había dictado casi los términos de la contestación que sugeriría á la Puerta (1).

Dado este paso supremo, esperóse el resultado con una mezcla de temor y de esperanza. A pesar de todas las decepciones pasadas, parece que la confianza fué más grande que la inquietud; pues, el 9 de diciembre,

(1) Despacho del Sr. Drouyn de l'Huys al general Baraguey d'Hilliers, en Constantinopla, 28 noviembre 1853 (*Monitor* de 1854, pág. 162).

una nota del *Monitor* dejaba entrever una próxima y feliz conclusión. En esto sobrevino un acontecimiento que precipitó en la guerra á los mismos que se abandonaban á las perspectivas de la paz.

VIII

A fines de noviembre, una escuadra otomana, compuesta de siete fragatas, tres corbetas y dos vapores, había salido del Bósforo y entrado en el mar Negro,

de seis navíos de línea, dos fragatas y tres vapores. Contra tales fuerzas, la flota otomana no podía resistir. Sin embargo, como el enemigo avanzara hacia el puerto, la fragata que mandaba Osmán-bajá empeñó valientemente la batalla. Serían entonces las doce y media. La valentía de los turcos no podía compensar la desigualdad del armamento y de los recursos. Las baterías de costado estaban reducidas á la inacción, porque entre ellas y los barcos rusos se encontraban los demás buques otomanos. Al cabo de media hora, una de las



Osmán-bajá

con el objeto de llevar provisiones y refuerzos á la guarnición de Batum, y quizá también, como afirmaron los rusos, para proporcionar auxilios á las tribus insurrectas del Cáucaso. Contrariada por el mal tiempo, la flota había buscado un abrigo en la rada de Sinope. Mientras tanto, el vicealmirante Nakhimof cruzaba entre la Crimea y la Anatolia á fin de impedir las comunicaciones entre los diferentes puertos turcos. Ya había cambiado algunas balas con la marina enemiga y hasta había capturado una fragata egipcia. Los informes de los cónsules y los partes de las autoridades indígenas habían señalado la presencia de su escuadra á lo largo de las costas septentrionales de la Turquía Asiática. El 27 de noviembre, aparecieron algunas velas rusas á la vista de Sinope. Osmán-bajá, jefe de las fuerzas navales turcas, ni continuó su ruta ni retrocedió al Bósforo, sino que permaneció en el fondeadero en que se había refugiado. Tres días después, el 30 de noviembre por la mañana, se vieron entrar en la bahía, no ya algunas velas, sino toda la escuadra de Nakhimof, compuesta

de seis navíos de línea, dos fragatas y tres vapores. Mucho antes de que anocheciera, la desdichada escuadra otomana se hallaba destruída. Más de la mitad de los marinos turcos quedaban muertos, heridos ó prisioneros, ó habían desaparecido, y la ciudad ardía. Los rusos se llevaron al almirante Osmán-bajá herido y prisionero. En aquella lucha desesperada, éstos habían sufrido sensibles pérdidas que atestiguaban el valor de sus adversarios. De toda la flota otomana, sólo un buque, el vapor *Taif*, había podido escapar, y llevó á Constantinopla la noticia del gran desastre.

El 11 de diciembre, un despacho telegráfico, llegado por vía de Viena, informó á París y á Londres de la derrota de Sinope.

La opinión pública no mide siempre los acontecimientos según sus verdaderas proporciones y recibe á veces impresiones violentas contra las cuales sería inútil reaccionar. Consideradas fríamente las cosas, en el suceso de Sinope no había más que una de esas sorpresas navales que justifica el derecho de las armas. Tur-